

EL ESCRIBA EN EGIPTO

Diego Chapinal Heras
Alumno de 5º de Licenciatura de Historia (UCM)

Resumen. La figura del escriba tuvo un gran papel en la sociedad del Antiguo Egipto. A lo largo del artículo se describirá su formación, los materiales que utilizaba para su trabajo, y su importancia en distintos ámbitos (administración, religión y literatura).

Abstract. *The scribe played a notable role in ancient Egyptian society. This article will explain his training, the materials he used for his job, and his importance in different spheres (administration, religion, and literature).*

Palabras clave: Egipto, sociedad, escriba, escritura.

Key words: *Egypt, society, scribe, writing.*

Para citar este artículo: CHAPINAL HERAS, Diego, “El escriba en Egipto”, en *Ab Initio*, Núm. 3 (2011), pp. 3-22, disponible en www.ab-initio.es

I. INTRODUCCIÓN

La sociedad egipcia

En el Antiguo Egipto la sociedad estaba profundamente dividida. Había una gran distancia entre el primer piso de la pirámide social y el último. Quito la comparación, porque habría que ahondar demasiado, y se saldría del tema del artículo.

En la cúspide se encontraba una minoría, los personajes de la más alta categoría, regidores del Estado y de los puestos más importantes de la administración, vinculados a familias emparentadas o no con la realeza. Inmediatamente debajo, nos encontramos con otro grupo, más numeroso, integrado por los cargos directores de las distintas secciones administrativas centrales y locales, a lo que hay que añadir el sacerdocio¹.

A continuación, hay que nombrar a los funcionarios de los centros de poder, templos y palacios, entre los cuales se encontraban la mayoría de los escribas, mientras que una minoría de éstos podría incluirse, como se explicará más adelante, en las categorías superiores. Al mismo nivel se encontraban los

¹ URRUELA QUESADA, Jesús, *Egipto faraónico. Política, economía y sociedad*, Salamanca, 2006, p. 56.

artesanos de las “ciudades de los trabajadores”, adscritas a las necrópolis reales de las diversas épocas.

Siguiendo un orden descendente en cuanto a peso social y capacidad económica, destacamos a los artesanos de las comunidades de aldea. El resto de la población, la verdadera mayoría de la sociedad del Antiguo Egipto, era la masa campesina. Por este motivo, apenas se tiene información de ella, con lo que los conocimientos que tenemos relativos a cómo vivían hay que interpretarlos a partir de testimonios de aquellos de los cuales dependían. Al ser un grupo tan grande, podemos encontrar desde el personal campesino adscrito a la tierra en las diversas aldeas, dispersas por los dominios administrativos o religiosos, a los esclavos propiamente dichos, no muy numerosos, adscritos a individuos o instituciones determinadas, pasando por la existencia de los simples campesinos, los *ikhutiu*, y de siervos de distinta procedencia que proliferaban en todos los centros de gestión y en las casas de los grandes personajes².

Un aspecto de gran relevancia a la hora de tratar la sociedad egipcia, es la cuestión de la movilidad. Como hemos visto, había un abismo entre los status más bajos y los más altos, pero ¿era posible ascender en la pirámide social? Barry J. Kemp, centrándose sobre todo en el Imperio Nuevo, defiende que esto sí era posible:

“Puede que tuvieras un origen humilde y llegases a ser el hombre más poderoso sobre la tierra después del rey, pero sólo porque éste reconocía tus méritos, uno de los cuales era serle fiel. No descubriremos a hombres que hubiesen triunfado por sus habilidades en el comercio o la manufactura, ni a mercaderes o prestamistas, como tampoco a los constructores de las tumbas de los demás”³.

Por lo tanto, queda claro que sí habría movilidad entre la sociedad egipcia, aunque la lógica nos hace ver que para conseguirlo habría que poseer un nivel adquisitivo mínimo, con lo que aquellos que no llegaran a él tendrían muchas dificultades para poder mejorar sus condiciones de vida.

La alfabetización

En el mundo de la simbología egipcia, la escritura tuvo un papel preponderante. Como manifiesta Elisa Castel⁴, “convertía en inmutable lo escrito. La descripción (en templos y tumbas) de rituales, epítetos y cultos concretos aseguraban la pervivencia eterna de dichos ritos y cultos, por el mero hecho de haber sido escritos”. Ahora, es necesario un inciso sobre los tres tipos de escritura que había,

² URRUELA QUESADA, J., *Opus cit.*, p. 57. Conviene mencionar que el profesor Urruela, unas líneas después, defiende que “tampoco puede decirse que la sociedad egipcia fuera esclavista, al menos desde el punto de vista del mundo clásico. La realidad es mucho más paradójica, la esclavitud no era necesaria porque la mayor parte de los egipcios eran prácticamente semiesclavos”.

³ KEMP, Barry J., *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, 1992, p. 293.

⁴ CASTEL, Elisa, *Egipto: signos y símbolos de lo sagrado*, Madrid, 1999, p. 166.

la jeroglífica, el hierático y el demótico. Mientras que las dos últimas grafías se utilizaron mayoritariamente para asuntos laicos, sin apenas contenido simbólico por tanto, eran los jeroglíficos los que, como escritura sagrada, tenían un sentido mágico, a veces críptico. Hasta tal punto llegaba este hecho que algunos signos se consideraban peligrosos y se “censuraban”: el equivalente a nuestra consonante “f”, representada por una víbora, se dividía en dos, para así evitar que pudiera causar algún mal, o bien se sustituía por otro signo menos peligroso⁵.

Por lo tanto, es indudable que el poder de la palabra escrita fue enorme, y por ello su utilización en Egipto estuvo vinculada estrechamente a la élite. El aspecto de la perpetuidad de la escritura también tenía su contraposición: para borrar de la memoria a determinados personajes que, en un momento concreto, no se quiere recordar bastaba con omitir su nombre en los textos, o bien destruir de forma deliberada sus signos. Este hecho no se producía sólo a la hora de nombrar a los faraones, sino también en la proclamación del triunfo en una guerra, o del éxito de la actividad política de un rey o nomarca⁶.

Conviene señalar, en relación con lo que acabamos de explicar, que la escritura realmente no nació con este fin, como atestiguan los textos más antiguos que conservamos de las Dinastías I y II, que consistían en simples actos de anotación en las jarras, vasijas y cajas, para indicar su contenido. Con el tiempo, el carácter perpetuador iría convirtiéndose en un elemento más importante, a la vez que la élite egipcia iba tomando conciencia del poder de la palabra escrita a la hora de reafirmar su status social, en detrimento de las capas populares⁷.

Es seguro que la tasa de alfabetización era bastante alta en, al menos, el Reino Medio. Prueba de ello es la cantidad de papiros que circulaban a lo largo del país del Nilo, con información relativa tanto a los asuntos familiares como de trabajo; entre esta comunicación epistolar, podemos destacar la de *Hekanajte*⁸. No obstante, no podemos pasar por alto la postura de Alessandro Roccati al respecto:

“No se puede medir estadísticamente la proporción del conocimiento de la escritura respecto a la masa de la población analfabeta, porque los escribas vivían por lo general concentrados en los palacios o en los centros administrativos dependientes de las residencias reales, o bien en los templos, donde el número de personas capacitadas para la escritura era probablemente muy alto. Por el contrario, en la generalidad del país la gran mayoría de la población era completamente analfabeta”⁹.

⁵ CASTEL, E., *Opus cit.*, pp. 166-167.

⁶ JAMES, Thomas G. H., *El pueblo egipcio. La vida cotidiana en el imperio de los faraones*, Barcelona, 2003, p. 115.

⁷ *Ibidem*, pp. 115-116.

⁸ *Ibidem*, pp. 144-145.

⁹ ROCCATI, Alessandro, “El escriba”, en DONADONI, Sergio, *El hombre egipcio*, Madrid, 1991, p. 98.

Ante estas dos opiniones, de T. G. H. James y de Alessandro Roccati respectivamente, parece más lógico decantarse por la última, ya que, al fin y al cabo, la masa campesina no tenía medios suficientes como para permitirse el aprendizaje de la palabra escrita, algo que se explica más detalladamente más adelante.

II. EL ESCRIBA. FORMACIÓN Y ÚTILES

Su formación

A día de hoy, se cree que quien se dedicaba al oficio de escriba era por vocación, si bien era tradición que el hijo continuara el trabajo del padre¹⁰. Su instrucción consistía en poco más que el mero aprendizaje, es decir, se le explicaban los trucos del oficio y las técnicas artesanales; el resto era la adquisición de habilidad y la práctica.

Era en las escuelas de escribas donde éstos recibían los conocimientos necesarios, aunque Williams¹¹ indica que en Reino Antiguo la enseñanza se realizaba en las casas de los propios estudiantes; aunque el autor no explica en qué se basa para aportar tal afirmación, podemos suponer que en este período de la historia del Antiguo Egipto aún no habría una organización tan eficaz que permitiera la creación de escuelas cuya única finalidad sería la de inculcar conocimientos a los jóvenes escribas. Además, unas líneas más abajo, Williams señala que la primera referencia a una “escuela” la tenemos en una inscripción de la tumba de un nomarca de Siut de tiempos de la dinastía X¹². Por tanto, en épocas posteriores al Reino Antiguo se constata la existencia de escuelas; ahora bien, no debemos entender esta institución como la actual, con un edificio utilizado sólo para la enseñanza, sino que los edificios en los que usualmente se realizaba esta práctica eran los templos y los palacios. Es de nuevo Williams¹³ quien nos ofrece algunos ejemplos: en el templo de Mut se impartieron clases, como se ve por una inscripción en una estatua de Bekenkhons, Profeta de Amón; en otro caso, en el texto de una estatua de un oficial de la dinastía XVIII llamado Menkheperrensonbe, se comenta que fue educado en un palacio. Se supone que para los cargos más importantes del Estado, existieron centros educativos propios, en los que se aceptaba a los candidatos para instruirlos en las prácticas y los procedimientos de cada oficio.

De todas las carreras que podía escoger un joven egipcio, la más ventajosa evidentemente era la de escriba, ya que suponía tener abiertas prácticamente todas las puertas de la burocracia estatal. Y es que hay que tener en cuenta que eran

¹⁰ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 118.

¹¹ WILLIAMS, Ronald T., “Scribal Training in Ancient Egypt”, en *Journal of the American Oriental Society*, Vol. 92, No. 2 (Abril-Junio, 1972), Massachusetts, p. 215.

¹² *Ibidem*, p. 215.

¹³ *Ibidem*, p. 216.

pocas las tareas relevantes del Estado que podían llevarse a cabo sin dominar la lectoescritura.

En cuanto a la edad a la que esta formación comenzaba, nos podemos basar en el texto *La instrucción de Ani*¹⁴, en el cual se da a entender que la escolarización se producía cuando el niño aún era pequeño, se podría decir que en párvulos. Ahora bien, es probable que los alumnos fueran ya adolescentes cuando se les sometía a los rigores de una formación intensiva y a la intimidación de unos profesores tiránicos¹⁵. De hecho, Roccati¹⁶ defiende que, dada la dificultad del sistema de escritura, es poco probable que el aprendizaje de un escriba pudiera iniciarse en edad precoz, sería necesaria cierta madurez. Desde nuestro punto de vista, lo más lógico es que siendo niños, se les enseñaran los conocimientos más básicos para, una vez adolescentes, adquirieran los verdaderos conocimientos de la escritura¹⁷.

Sobre el tipo de enseñanza que había en las escuelas, realmente no sabemos demasiado, aunque por el estudio de diversos textos se desprende que habría varios ejercicios. Comenzando por lo básico, tenemos la gramática, la ortografía y las matemáticas¹⁸. A estas se añadirían otras necesarias por el carácter figurativo de la escritura egipcia, al menos en su componente monumental, esto es, el dibujo y la pintura¹⁹. Y seguramente hubo otra materia a aprender, aunque la lógica nos hace pensar que sería muy minoritaria: el conocimiento de lenguas extranjeras. Resulta obvio que en el Antiguo Egipto, cuyas fronteras lindaban con muchos pueblos de diversos troncos lingüísticos, existía gente especializada en la comunicación con los mismos, destacando sobre todo las regiones de Nubia y el Próximo Oriente Asiático. La única referencia al respecto en los documentos que hemos usado la encontramos en el artículo de Williams, quien señala lo siguiente:

“No tenemos información relativa a la instrucción de idiomas extranjeros. Sin embargo, el lenguaje de la diplomacia internacional era el acadio, lo que

¹⁴ LICHTHEIM, Miriam, *Ancient Egyptian literature. Volume II: The New Kingdom*, Los Ángeles, 1976, pp. 135-146.

¹⁵ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 122.

¹⁶ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 92.

¹⁷ La misma opinión presenta WILLIAMS (*Opus cit.*, p. 216), quien propone que la enseñanza elemental durara cuatro años. Enuncia tal hipótesis basándose en la inscripción de la estatua del ya mencionado oficial de la dinastía XVIII, Men-kheperrensonbe, en la que se lee *I spent four years as a capable child; I spent twelve years as a young man, while I was chief of the breed-ing-stables of King Sety I.*

¹⁸ En la obra de KEMP (*Opus cit.*, p. 150), se explica la complejidad de las matemáticas empleadas por los egipcios. Éstos nunca escribían una fracción cuyo numerador fuera mayor que uno, por lo que las cantidades más grandes se expresaban en sumas con fracciones de este tipo. Pese a la dificultad que ello conlleva, los escribas egipcios manejaron este sistema con soltura y con excelentes resultados prácticos. Como señala el autor, los escribas expertos debieron desarrollar un alto grado de intuición matemática, pero no se les ocurrió la idea de buscarlo como un fin en sí, es decir, crear las matemáticas. Aparte, en su artículo, WILLIAMS (*Opus cit.*, p. 219) explica que el conocimiento de las matemáticas no se limitaba sólo a los números, sino que los alumnos aprendían también a trabajar con áreas de triángulos, trapezoides, rectángulos, círculos, etcétera, además de volúmenes de cilindros y pirámides truncadas.

¹⁹ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 101.

se puede ver por los archivos estatales desenterrados en Tell el-Amarna. Por lo tanto los escribas, con la habilidad de leer, escribir y comprender la grafía cuneiforme fueron esenciales. [...] Pero cómo este conocimiento era impartido nos es desconocido”²⁰.

Asimismo, se han encontrado algunas menciones a la natación²¹, como es el caso de la tumba de un nomarca de Siut llamado Khety, del Primer Periodo Intermedio: “Él me había instruido en la natación junto con los hijos reales”; e incluso al tiro con arco y a montar a caballo. Aunque pueda parecer que la educación física no debía de ser muy común en la enseñanza de los escribas, en realidad no podemos negar que existió y que, tal vez, era una materia obligatoria, como podemos deducir a partir de un relato del Reino Nuevo: “Él fue puesto en el colegio y aprendió a escribir habilidosamente y practico todas las artes de autodefensa, sobrepasando a sus compañeros mayores que estaban con él en la escuela”²².

En el caso de las mujeres, éstas recibían además educación sobre la danza, el canto y la utilización de instrumentos musicales²³. Llegados a este punto nos ha surgido una duda: ¿trabajarían también las mujeres como escribas? Williams incide en el hecho de que en algunas ocasiones, aunque pocas, se habla de mujeres escribas, y plantea la posibilidad de que algunas sí desempeñaran este cargo y de que recibieran una educación similar a la de los hombres.

Por supuesto, no faltaba la educación sobre el comportamiento que los futuros escribas debían tener; estas líneas son un buen ejemplo: “Te he puesto en la escuela con los hijos de oficiales para que les enseñes e instruyas sobre la importancia de la oficina. Mira, te estoy señalando la actividad de un escriba: “¡Estate en tu lugar pronto! Los libros (ya) preparados en frente de tus compañeros. Pon tu mano en tus ropas y examina tus sandalias”²⁴.

Otra incógnita que paulatinamente se va descifrando es el desarrollo del aprendizaje, es decir, las fases. Se cree que inicialmente se centrarían en contenidos extraídos mayoritariamente de composiciones literarias de otras épocas, como por ejemplo la *Historia de Sinuhé*, la *Sátira de los oficios*, o la *Instrucción del rey Amenemes I a su hijo Sesostris*. En estos primeros años, cuando se inculcarían los conocimientos más elementales, seguramente los alumnos se sentaban alrededor del profesor y recitaban la lección por medio de los cantos²⁵. Ya al final del aprendizaje, hay que destacar el *Kemyt*; era una especie de “compleción” de la carrera, lo que podríamos entender por “lo que completa”²⁶. Se cree que era una colección de términos y fórmulas compilados en

²⁰ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 219.

²¹ *Ibidem*, p. 220.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*.

²⁴ *Ibidem*, p. 218.

²⁵ *Ibidem*, p. 216.

²⁶ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 217.

la dinastía XVII, que en la actualidad ha sido laboriosamente reconstruida a partir de un gran número de documentos.

Tenemos constancia, además, de la realización de exámenes de las distintas materias, como matemáticas y geografía. Para estudios avanzados, existían las denominadas “Casas de Vida”²⁷, y había seguramente una en cada ciudad importante. Aunque son todavía suposiciones, en principio estos edificios eran verdaderas escuelas, parecidas a las actuales; sobre si dependerían de los templos, que, como hemos visto, eran los principales centros educativos de los escribas, se puede suponer que sí. Al fin y al cabo, muchos estudiantes recibían conocimientos religiosos.

Finalmente, algunos autores piensan²⁸ que la última fase de aprendizaje sería una especie de prácticas, en las cuales un oficial con experiencia guiaba al pupilo, quien había completado su educación y ya era un miembro de la burocracia.

Otro aspecto a tener en cuenta en la educación de un escriba, era el comportamiento de los estudiantes. Al igual que hoy en día, se valoraba mucho más a un alumno que se esforzara y se tomara en serio las clases. Son varios los ejemplos literarios que demuestran la importancia que se daba a este aspecto, como vemos, por ejemplo, en la siguiente cita:

“¡No seas indolente! ¡No seas indolente! Serás examinado de inmediato. No te entregues a los placeres, o serás un fracasado. Escribe con tus manos, recita con tu boca, déjate aconsejar por los que saben más que tú... Persevera en el trabajo diario... No te entregues nunca a la pereza, o serás azotado... Persevera en tomar consejo. ¡No seas perezoso, escribe! ¡No te muestres reticente!”²⁹.

El primer sistema de escritura que se enseñaba era el hierático, ya que para aprender los jeroglíficos era necesaria una buena base previa, no sólo en la caligrafía sino también, como hemos visto, en el dibujo y la pintura³⁰. Como nos indica Williams³¹, por el frecuente uso de las ligaduras en este modo cursivo, los alumnos eran enseñados a escribir palabras o frases completas sin analizar los signos que las componían. Esto significa que gradualmente aprenderían a reconocer las palabras individuales.

Es posible que el texto lo escribiera primero el profesor o su asistente, y a continuación lo copiaran sus pupilos. Seguidamente habría un dictado, para acabar, quizás, con una copia de memoria. Desafortunadamente los alumnos y, por lo que parece (por algunos textos), incluso el profesor ignoraban lo que ellos

²⁷ Del egipcio *per ankh*.

²⁸ LICHTHEIM, M., *Opus cit.*, p. 167.

²⁹ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 122. Éste extrae esta referencia del *Papiro de Anastasi* de la obra de GARDINER, *Late-Egyptian Miscellanies*, Bruselas, 1937, p. 59a.

³⁰ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 219.

³¹ *Ibidem*.

escribían. Consecuentemente, las copias de los estudiantes estaban frecuentemente repletas de errores que dificulta enormemente el intento de investigar cuál sería el texto original.

Al investigar la enseñanza egipcia, pueden surgirnos varias interesantes dudas. Por ejemplo, ¿tendrían el mismo programa educativo todas las escuelas? Al fin y al cabo, la clara división entre Alto y Bajo Egipto pudo perfectamente haberse reflejado en el área del aprendizaje; y, como se explicará más adelante de forma más detallada, la mayoría de los *ostraca* hallados proceden de Tebas, la capital meridional en el Reino Nuevo. En realidad, es muy difícil sacar conclusiones a este respecto.

Otro interrogante que nos ha surgido es la localización de estos centros educativos. ¿Habría sólo en las capitales y urbes más importantes, o también en ciudades provinciales? Cabe suponer lo segundo, aunque la cantidad de restos que estas últimas nos puedan ofrecer sean considerablemente menores. Si tenemos en cuenta que la élite egipcia no vivía únicamente en los centros principales, como Tebas o Menfis, sino también en otros secundarios que se desarrollaron a lo largo de todo el reino egipcio, lo más lógico es que también éstos contaran con escuelas cercanas. No obstante, se podría considerar la posibilidad de que los jóvenes vivieran durante todo este periodo en las ciudades más relevantes, para regresar, ya adultos, a su tierra natal³².

El idioma más comúnmente utilizado fue el egipcio medio, probablemente porque ofrecía una base estable para la enseñanza y porque en esa lengua existía ya un corpus importante de obras de calidad³³. Pero esto conllevó un problema a la larga: en el Reino Nuevo esta lengua ya fue quedando en desuso, con lo que su utilización en los textos de aprendizaje facilitaba la aparición de los errores y contradicciones que hemos mencionado unas líneas más arriba³⁴.

En cuanto a la forma de escribir, se tiene constancia de que hasta el Reino Medio, se disponía el texto en columnas verticales, de arriba abajo y de derecha a izquierda. Ya en la Dinastía XII se abandonó esta práctica y, salvo en el caso de algunas recopilaciones religiosas como el *Libro de los muertos*, pasaron a redactar la mayoría de textos en líneas horizontales, dispuestas de izquierda a derecha³⁵.

³² En JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 130, aunque no se trata de dar una explicación a esta duda, sí se comenta al menos que la alfabetización en Egipto era muy alta (en la élite); otro motivo, por tanto, para pensar que habría centros educativos en la mayoría de las urbes mínimamente importantes.

³³ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 126.

³⁴ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 219.

³⁵ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 148.

Los materiales del escriba

Si nos centramos en el soporte utilizado por los escribas para escribir, lo primero que nos viene a la mente son los papiros. Sin embargo, se sabe a ciencia cierta que el material más comúnmente utilizado por éstos (especialmente en las escuelas) eran las láminas calizas y fragmentos cerámicos que, cuando incorporan un texto, se conocen como *ostraca*³⁶. La mayor parte de los *ostraca* calizos utilizados por los estudiantes para copiar fragmentos de los textos de referencia que han sido recuperados por los arqueólogos proceden del área de Tebas, y de ellos, la inmensa mayoría aparecieron en el pueblo de los trabajadores empleados en la construcción de las tumbas reales, así como en los terrenos adyacentes³⁷; el porqué de la utilización de dicho material es lógico: era el medio más barato de aprendizaje de la escritura³⁸, ya que bastaba con ir a cualquier colina caliza y extraer el material; donde no había esas rocas calizas se recurría a los fragmentos de las piezas cerámicas.

Cuando los alumnos tuvieran más experiencia, y en casos eventuales, podemos suponer, se usaría papiro. Como nos señala T. G. H. James³⁹, éste era un producto propio de Egipto, que más adelante fue exportado en grandes cantidades a las regiones del Mediterráneo y Próximo Oriente⁴⁰. Los antiguos griegos creían que su manufactura era monopolio del rey, ya que traducían “papiro” por *pa-per-ao*, “lo que es del faraón”; en caso afirmativo, sería un elemento de poder de gran peso, aunque en realidad no se ha encontrado en ningún documento egipcio una referencia a que el rey controlara la producción de este tipo de material, que nunca fue abundante de hecho. Los escribas profesionales solían trabajar con papiro, utilizado de manera continua durante casi cuatro mil años.

Asimismo, hay que mencionar las tablillas de escritura, cuyo material era la madera de sicómoro; éstas solían tener un tamaño bastante grande (de hasta 53 x 38 cm.), y se recubrían de una fina capa de una pasta endurecida y rayable, identificada en ocasiones con el yeso. Eran muy adecuadas para la escritura, y se suele creer que eran fáciles de borrar, para así reutilizarlas; pero nunca se ha explicado con suficiente claridad cómo se podía borrar el texto antiguo

³⁶ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p.125.

³⁷ *Ibidem*, p. 129.

³⁸ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 218.

³⁹ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 135.

⁴⁰ Leach y Tait (“Papyrus”, en *Ancient Egyptian materials and technologies*, pp. 227-231) nos explican el proceso de fabricación del papiro: éste se obtiene de la planta homónima (cuyo nombre botánico es *Cyperus papyrus*), que crecía en muchos lugares del valle del Nilo, en terrenos similares a las marismas. No se usaba toda la planta para obtener el material, sino que era concretamente la médula esponjosa que hay dentro de una corteza exterior lo que se utilizaba. Parece que, en lo esencial, consistía en colocar diversas tiras de corteza una junto a otra y, encima, una segunda serie de tiras perpendiculares. Al colocarlas sobre una superficie plana, entre paños, y golpearlas con un mazo, las tiras se unían entre sí sin necesidad de añadir ninguna otra sustancia. El resultado es por todos conocido: una hoja, que normalmente conservaban enrollada, de gran resistencia y flexibilidad. Finalmente, se pulía para aplanarla.

Además del papiro, *ostraca* y tablillas de madera, había más utensilios necesarios para escribir: la paleta, el soporte del pincel y la bolsa de pigmento. Uno de los ejemplos más ricos de estos restos fueron encontrados en la tumba de Tutankhamón; la paleta real era de madera sobredorada y taraceada de piedras semipreciosas y vidrio de color, mientras que los pinceles presentaban un manguillo cilíndrico muy refinado. Allí también se encontró otro utensilio, de marfil; la cabeza cuneiforme, y el mango una columna con remate iridiforme. Es posible que su función fuera pulir los papiros antes de utilizarlos⁴¹.

Un buen estudio sobre los pigmentos utilizados nos lo ofrecen Loma Lee y Stephen Quirke⁴². Hubo una gran variedad: ocre rojo, azul cobalto, hematita, ocre amarillo, etc., y en cada etapa histórica del Antiguo Egipto se usaron más unos u otros. Si nos centramos en el utilizado en los papiros, podemos concretar que el color preferido fue el negro (generalmente conseguido con carbón), siendo el segundo pigmento de la paleta del escriba el rojo (normalmente ocre, óxido de hierro hidratado), aunque con el tiempo esto cambió, y así en la Dinastía XX encontramos papiros mucho más coloridos, como el *Libro de los Muertos*.

En cuanto al objeto utilizado para escribir, podía variar según el soporte. Así, en las tablillas con cera se empleaba un instrumento, denominado en latín *stilus*, de madera, hueso o bronce, con un extremo apuntado y el otro con forma de espátula para poder borrar⁴³. En el caso de usar tinta, era muy común el cálamo, que se elaboraba generalmente a partir de cañas o juncos⁴⁴.

III. EL ESCRIBA COMO FIGURA SOCIAL

“El escriba pertenecía a una élite, a una suerte de amigos a través del cual podía conseguirse un ascenso notable y alejado de las incomodidades y la explotación que sufrían el resto de las gentes”⁴⁵. Esta cita, nos resume de forma clara el apartado que vamos a desarrollar. Y es que, ciertamente, una persona que viviera en Egipto y supiera leer y escribir, tenía prácticamente asegurado un buen porvenir.

Por lo general, toda persona que pertenecía a la élite, sabía escribir. Ahora bien, en este trabajo nos centramos en aquellos que tenían como profesión tal actividad. Asimismo, dentro del cargo de escribas habría muchos peldaños y ámbitos; tantos que resulta muy difícil catalogar todo el listado de trabajadores vinculados al uso

⁴¹ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 134.

⁴² LEE, Loma, QUIRKE, Stephen, “Painting materials”, en NICHOLSON, Paul T., SHAW, Ian (Eds.), *Ancient Egyptian materials and technologies*, pp. 104-121.

⁴³ BÜLOW-JACOBSEN, Adam, “Writing materials in the Ancient World”, en BAGNALL, Roger S. (Ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2009, p. 11.

⁴⁴ LEACH, Bridget, TAIT, John, “Papyrus”, en NICHOLSON, P. T., SHAW, I. (Eds.), *Opus cit.*, p. 238.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 120. La misma opinión en GOUDSMITH, S. A., “An illiterate scribe”, en *American Journal of Archaeology*, Vol. 78, No. 1, Boston, 1974, p. 78.

de la escritura. También se duda si habría gente que prescindiera del uso de escribas a la hora de necesitar un texto, debido a que ellos mismos podrían tener un conocimiento amplio de la materia y la práctica. E incluso podríamos tener el caso contrario, ya que es posible que hubiera funcionarios y sacerdotes que no supieran escribir y tuvieran, por ello, varios escribas a su servicio⁴⁶; ahora bien, para los puestos más altos es indudable que se requeriría el conocimiento de la palabra escrita. Por otro lado, algunos investigadores, como Goudsmit⁴⁷, plantean una hipótesis que aunque a primera vista pueda parecer extraña, en realidad es más que probable: muchos de los que copiaron los textos eran en realidad iletrados. Lo argumenta basándose en algunos documentos que eran vueltos a copiar en épocas posteriores; así, por ejemplo, el autor analizó un fragmento de la obra funeraria de Am-Tuat. Éste, originalmente, había sido escrito en orden inverso, distribuyéndose las líneas en columnas y teniendo que leerlas de izquierda a derecha; lo normal era el sentido inverso, y así fue como, posteriormente, un escriba copió esos papiros. Cada vez que tenía un símbolo suelto al final de una columna, él lo colocó al comienzo de la columna de la izquierda, pensando que era el siguiente, mientras que en realidad era al revés. Teniendo en cuenta que este error se comete varias veces, es obvio que este copista no entendía lo que estaba escribiendo, es decir, era un escriba que no sabía leer. A partir de aquí, podemos extraer la conclusión de que seguramente hubo una parte del conjunto de escribas, quizás una minoría, que sólo tuvieran conocimientos sobre escritura, no lectura; por lógica, cabe suponer que serían trabajadores de rango secundario, meros copistas.

Sea como fuere, el papel del escriba fue siempre vital para el buen funcionamiento del Estado, para el recuento de tributos, la confección de listas de censo para la milicia y las corveas, y los cálculos requeridos para los proyectos de construcciones⁴⁸. Hay muchos ejemplos literarios en los que se reconoce la relevancia de esta figura social, como ocurre en *Consejos a un joven escriba*, *Oración a Amón en un año de necesidad* y *Oración a Thot por su habilidad en la Escritura*⁴⁹.

En el tercer milenio, por ejemplo, la actividad primordial del escriba fue como creador, inventor y perfeccionador de la escritura. Si exceptuamos la rama administrativa, el resto de actuaciones de un escriba requerían que éste tuviera la capacidad de crear no sólo el texto de la composición, sino también la instrumentación gráfica destinada a producirlo⁵⁰; a su vez, esto significaba que debía conocer el universo de los signos y símbolos que se podían encontrar en el

⁴⁶ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 88.

⁴⁷ GOUDSMITH, S. A., *Opus cit.*, p. 78.

⁴⁸ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 214.

⁴⁹ Podemos leer estos textos y varios de la misma temática en KELLY SIMPSON, William, *The literature of Ancient Egypt. An anthology of stories, instructions, and poetry*, Londres, 1973, pp. 343-348.

⁵⁰ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 84.

texto, otro factor muy importante que le convertía en una persona superior, por así decirlo, al común de la población.

Hubo una serie de transformaciones sociales durante el Imperio Medio, que conllevaron el crecimiento de una clase culta y pudiente tanto como para poseer una educación escolástica; el uso de la escritura y de los libros y la importancia de los escribas se vieron muy favorecidos⁵¹. Los textos se multiplicaron no sólo en número, sino también en variedad, lo que denota un mayor conocimiento cultural y, a su vez, que el acceso a la escritura abarcaba a una parte más amplia de la población egipcia. El de escriba ya es un oficio ambicionado y solicitado en la administración, y presenta una fuerte especialización, equiparándose en muchos casos a la figura del funcionario.

Tal y como nos explica Roccati⁵², ya en el Imperio Nuevo, los escribas se configuran como un verdadero círculo intelectual que produce cultura, y ya no necesariamente por cuenta del palacio, sino para su “casta” de privilegiados. Es evidente, por tanto, la trascendencia social de aquellos que dominaban el uso de la palabra escriba y trabajaban en ello. Sin embargo, el poder militar en este periodo de la historia del Antiguo Egipto fue notable, sobre todo si tenemos en cuenta que su comienzo se encuentra en la expulsión de extranjeros, los hicsos, por la vía bélica. Así, se ha demostrado que a partir de mediados de la XVIII dinastía los miembros de la administración militar ganan terreno respecto a los de la carrera civil, hasta entonces preponderante. Lógicamente, también los altos mandos del ejército debían tener conocimientos de lectoescritura; es por ello, que encontramos a generales como Tjaneni, que redactó los diarios de guerra de las empresas de Thutmosis III, a Thot, Maya, Amenhotep, Paatenemhab, Najt, etcétera.

Grosso modo, podemos distinguir entre tres tipos de escribas: aquellos que sabían escribir pero desempeñaban cargos de índole muy distinta; los meros copistas, y los funcionarios que, entre otros muchos de sus títulos, se enorgullecían de incorporar el de escriba. Ahora bien, debemos considerar a este último grupo como una minoría; como nos explica James⁵³, los personajes más señeros de Egipto se enorgullecían de llamarse escribas porque ese apelativo implicaba una educación y una condición social honrosa. Pero la mayoría de los escribas se ocupaban de tareas propias de los grados inferiores del escalafón de superioridad que, en su nombre, se podían leer en los pomposos textos de las misceláneas. Eso sí, éstos seguían siendo superiores a los campesinos y trabajadores normales, aunque no pertenecieran a la verdadera élite del Estado egipcio.

⁵¹ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 90.

⁵² *Ibidem*, pp. 98-99.

⁵³ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 131.

Ya hemos mencionado que el cargo de escriba conllevaba una serie de privilegios. Entre éstos destacan, por ejemplo, el desempeñar una actividad no peligrosa, a diferencia, por ejemplo, de los soldados⁵⁴.

No menos importante era la ventaja fiscal de un escriba, que se veía libre muchas veces del pago obligado al pueblo egipcio, mientras que los campesinos estaban obligados a satisfacer las exigencias tributarias estatales, aunque no tuvieran con qué. En este sentido, el siguiente texto es muy descriptivo:

“El escriba ha atracado en la orilla del río y está a punto de anotar la recaudación de impuestos, mientras los ayudantes llevan bastones y los nubios varas de palma. Dicen: “¡Entrégnanos los cereales!”; pero no hay; lo azotan sin compasión... Pero el escriba es el señor de todos. No hay impuesto que se exija a aquel que se dedica a la escritura; y tampoco hay reclutamiento (que le afecte)”⁵⁵.

O el fragmento reproducido a continuación, en el cual un administrativo critica a otro por haber abandonado el oficio de escriba:

“¿No recuerdas la condición de un granjero a la hora de registrar la cosecha, la serpiente habiéndose llevado la mitad del grano y el hipopótamo comido lo restante? [...] El escriba está amarrado en la orilla. Él calcula el tributo, con los asistentes encargados de los utensilios y los nubios con las ramas de palmera”⁵⁶.

Por tanto, un escriba no tenía que pagar tributos, a la vez que también quedaba exento de cualquier tipo de reclutamiento. Por este motivo, es perfectamente lógico pensar que este oficio era ambicionado por una parte importante de la élite⁵⁷, dadas las buenas condiciones de vida que aseguraban. Hasta tal punto llegaba este privilegiado status social, que los mismos escribas, en sus textos, nos ofrecen una imagen enormemente egocéntrica, imponiendo su autoridad en detrimento de la justicia y la equidad⁵⁸.

La lista de cargos de escribas fue realmente larga, aunque muchos de ellos no hayan llegado hasta nuestros días. Por todos es conocido que en Egipto existió una especial atracción por definir las competencias exactas de cada trabajo, y de

⁵⁴ Es muy interesante el corto texto, recogido en KELLY SIMPSON, W., *Opus cit.*, pp. 346-347, titulado “The Hardships of the Soldier’s Life”. En el mismo, el autor compara el trabajo de un escriba con el de un soldado, subrayando la gran cantidad de penurias y peligros que debe soportar este último, mientras que aquél lleva una vida mucho más tranquila y relajada.

⁵⁵ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 124. Éste extrae esta referencia del *Papiro de Anastasi* de la obra de GARDINER, *Opus cit.*, p. 64a.

⁵⁶ KELLY SIMPSON, W., *Opus cit.*, pp. 343-4. Extraído del *Papiro de Anastasi*, IV.

⁵⁷ Se da por hecho que las capas populares no tenían, directamente, posibilidades de optar a escriba, ya desde la misma niñez, al no poder ser educados en la materia. No obstante, considero plausible, como excepción, que hubiera una minoría que, pese a no pertenecer a la élite, poseería un nivel de riqueza mínimo para tal fin.

⁵⁸ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 124.

nombrar cada actividad, por mínima que fuera; hay que dar por supuesto que en determinadas épocas habría más variedad de cargos que en otras, siendo un buen ejemplo de lo primero el Imperio Medio. Algunos son, por ejemplo, “director de la gente del rey”, “encargado de los asuntos del rey” o “director de los profetas”. En relación con los escribas, podemos destacar el de “jefe de los escribas del rey”, obviamente uno de los más importantes dentro de este ámbito. Un caso es el de Kaaper, un funcionario que vivió durante la V dinastía (hacia 2400 a.C.), y ostentó los cargos de “escriba de la administración, escriba del pasto de los rebaños de vacas, escriba de la sección de los documentos [¿archivo?], inspector de los escribas del Estado, escriba de las actas del Estado, escriba de las expediciones regias [en varios países]”⁵⁹. Había una minoría de cargos muy poderosos, que serían los que en realidad tenían la economía en sus manos, encargados de registrar las rentas, clasificar los productos y supervisar la redistribución de los recursos.

Dentro de estos cargos, como se ha comentado en el apartado de aprendizaje, debemos dar por hecho que abundarían los de intérpretes, especialmente en el Imperio Nuevo, cuando los contactos con otros pueblos, como los asiáticos, fueron más intensos. Éstos sabrían leer el cuneiforme y entender más o menos bien el lenguaje diplomático que en él se transmitía⁶⁰.

Existió un cargo específico vinculado a la actividad del oficio que consideramos necesario mencionar, y es el de los “portadores del correo”⁶¹. Su relevancia es clara: una parte importante de lo redactado por los escribas debía llegar a un receptor, y para que pudiera llegar a buen término, era necesario que hubiera alguien encargado de llevar el mensaje.

Anteriormente se ha mencionado la continuación del oficio de escriba de padre a hijo; podemos presuponer que esto ayudaría a que determinadas familias que ocuparan cargos de relevancia en este ámbito, formaran así una casta de escribas. Éstos, al dar continuidad a esos conocimientos prácticos y seguir protegiendo los secretos del gremio, podían mantener una posición segura de poder en la sociedad, con los privilegios que ello conllevaba. Asimismo, el hecho de que el acceso a la escritura era posible sólo para aquellos que poseyeran los medios adecuados de subsistencia, significa que existía un círculo profesional, relativamente cerrado, al que la mayor parte de la población no podría entrar.

En la administración

Ya hemos mencionado varios de los cargos administrativos ostentados por escribas en el Antiguo Egipto. Pero es necesaria una puntualización: cabe suponer que un alto funcionario delegaba en sus inferiores especializados la preparación de los documentos, y que contaría con un secretario que le leyera todo el material

⁵⁹ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 88.

⁶⁰ *Ibidem*, p. 101.

⁶¹ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 149.

escrito que se requiriera consultar⁶². Con esto, vemos que los más altos mandatarios muchas veces no necesitaban utilizar sus habilidades lectoescritoras, motivo por el cual se podría pensar que tal vez hubiera gente que desempeñara esos cargos siendo analfabeta; ahora bien, aplicando únicamente la lógica podemos responder a esa duda: este funcionario, si era digno de su posición y no quería quedar a merced de sus escribas y ayudantes letrados, tenía que saber leer, como mínimo. Pese a todo, la escasez de textos autobiográficos nos impide confirmar tal explicación con rotundidad⁶³.

Después de investigar la burocracia egipcia, dos son las áreas que creemos conveniente destacar en relación con la actividad de los escribas. Por un lado, estaba la recaudación de impuestos, establecidos de forma seria ya desde el Imperio Antiguo, a juzgar por las menciones de los censos e inventarios del patrimonio que encontramos en la Piedra de Palermo y en la tumba de Uni, entre otras⁶⁴. Tal actividad, pilar maestro del Estado egipcio, implicaba un gran número de cálculos y, recordemos, las operaciones matemáticas eran uno de los conocimientos más sobresalientes de un escriba.

Por otro lado, los Archivos Reales eran la cabeza de la administración central, ya en el Imperio Antiguo, aunque no está documentado antes del reinado de Neferirkaré⁶⁵. Dando por hecho que aquellos que ostentaron el cargo de “Director de los Archivos Reales” tenían a la vez otros títulos propios de escribas, debemos centrarnos en la enorme cantidad de documentos que circularían, ya no sólo en la capital, sino a lo largo y ancho de todo Egipto: diarios, contabilidades, inventarios, listas de llamada, cuadros de servicio, informes diversos, correo, etcétera.

Queda claro, por tanto, que la presencia de los escribas en la administración era esencial. Sin ellos, sin nadie que fuera capaz de organizar un Estado, no habría habido una civilización tan desarrollada.

La escritura de cartas era una de las tareas principales de muchos escribas, sobre todo de los que no lograban encontrar asiento entre las filas de las varias burocracias que controlaban la vida social y religiosa del antiguo Egipto⁶⁶. Este punto marca una importante diferenciación entre los textos propios de la administración o la religión, y los de particulares, ya que estos últimos solían escribirse en una lengua mucho menos artificiosa, algo perfectamente lógico y que, de hecho, hoy en día perdura.

⁶² JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 119.

⁶³ Conviene mencionar, a este respecto, que JAMES, Thomas G. H., *Opus cit.*, p. 119 cita el caso del *Papiro de Brooklin*, en el cual hay una referencia a cincuenta testimonios de una misma declaración, relativa a una petición dirigida a Amón-Re de Karnak, escritos por grandes funcionarios de Tebas.

⁶⁴ HUSSON, Geneviève, VALBELLE, Dominique, *Las instituciones de Egipto*, Madrid, 1988, p. 105.

⁶⁵ *Ibidem*, p. 57.

⁶⁶ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 155.

En la religión

En opinión de James⁶⁷, la educación religiosa sería más amplia que la del resto de las escuelas, que inculcaban unos conocimientos relativos únicamente a la administración. Obviamente, aquéllos que fueran a trabajar en un templo también debían recibir el dogma teológico y las prácticas litúrgicas. Con toda seguridad fue significativa la figura del dios lunar Thot, que concentra en sí todo lo que se refiere a la esfera intelectual, por ser considerado el creador de las lenguas y de la escritura⁶⁸; de esta divinidad puede derivar una función de patrón de la escritura también para el dios tebano Jonsu, en su idéntica condición de dios lunar. Es perfectamente comprensible, al fin y al cabo, que un oficio tan importante en la sociedad egipcia tuviera su reflejo en la cosmovisión religiosa.

Tal y como señala Roccati⁶⁹, la recitación de textos sagrados (como eran, entre otros, los Textos de las Pirámides), requería la presencia de un “sacerdote lector” (*hri-hb*), lo que presupone a su vez la competencia de “escriba”. Como decimos, para poder elaborar un documento de esta índole era necesario saber escribir (aunque no necesariamente leer, recordemos), así como de la compleja ideología religiosa de la cultura egipcia, ya que seguramente era difícil poner en orden algo tan complejo. Un ejemplo de esto que comentamos lo encontramos en la tumba de Bia, cerca de la pirámide de Unas; allí, una inscripción reza: “A todo escriba que pase junto a esta mi tumba y lea esta inscripción (sobre el arquitrabe de la entrada): seré su apoyo en el tribunal del dios grande, porque yo soy un sacerdote lector capaz y verdadero.”⁷⁰

En la literatura

El número de textos egipcios en los que aparecen los escribas no es muy elevado. Entre ellos se distingue claramente un género, que englobaría a la mayoría, de hecho, cuya temática es la instrucción del escriba. Se ha supuesto que su utilización estaría vinculada especialmente a las escuelas, aunque no se ha podido demostrar fehacientemente cuál era su función concreta en ese campo educativo. Un buen ejemplo lo encontramos en varios textos del Reino Nuevo; básicamente, son un compendio de exhortaciones a un escriba sobre cómo debe ser su comportamiento: “No abandones tu mente a los placeres, o serás un incompetente,... persevera en tus tareas diarias, y conseguirás la maestría sobre ellas,...”⁷¹

⁶⁷ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 121.

⁶⁸ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 89. En la investigación de KELLY SIMPSON (*Opus cit.*, p. 345), hay un interesante fragmento sobre una oración a este dios por su manejo con la escritura; hay que destacar una cita: “Ven a mí y podrás aconsejarme y hacerme habilidoso en tu oficina. Mejor es tu profesión que todas las demás”. Vemos, con esto, que los escribas utilizaron también la religión para dejar clara su privilegiada condición en la sociedad.

⁶⁹ *Ibidem*, pp. 85-86.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 86.

⁷¹ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 218; extraído del *Papiro Chester Beatty*, IV, vo. 4/3-6.

Asimismo, se les prohibía el consumo de alcohol por los nocivos efectos que ello podían conllevar: “Vas por la calles, con el olor del alcohol cada vez que te retiras. La cerveza te hace dejar de ser un hombre para convertirse en un despojo de alma”⁷².

Los rollos conservados suelen ser copias en limpio de originales revisados, que se destinarían a la edificación y ejercitación de los estudiantes; pero también podrían ser, al menos en algunos casos, obra de los escribas en período de formación. A veces se añadieron algunas correcciones, o se insertaron en los espacios en blanco ejemplos de cómo debían escribirse determinados signos o agrupaciones de signos; pero estas hipotéticas enmiendas no son mucho mejores que el texto o la grafía que supuestamente corrigen⁷³.

Un problema a la hora de analizar estos papiros que el tiempo ha preservado hasta nuestros días, es el de su localización. Resulta bastante triste constatar que la práctica mayoría no fueron hallados por la vía legal, sino en excavaciones ilícitas, o incluso fueron encontrados al azar. Por lo tanto, la imposibilidad de saber a ciencia cierta si un papiro estaba en un templo, en un palacio, o en una escuela, por ejemplo, dificulta enormemente la tarea de investigación sobre su uso y, por extensión, sobre aquél que lo escribió. Ahora bien, sí se puede extraer de estos documentos una conclusión, relacionada con la extensión de los rollos; como bien explica el profesor James⁷⁴, resulta improbable que, dada la dificultad de fabricar los papiros, se hubiesen dejado en manos de los aprendices de escriba, a los cuales cabe pensar que se darían fragmentos mucho más pequeños.

Existió un tipo de documentos usados por los escribas, no muy abundante, que es seguro que fue muy útil para estos trabajadores. Nos referimos a las denominadas “onomásticas”; éstas eran listas de diferentes elementos, como plantas, animales, aves, minerales, términos meteorológicos y geográficos, nombres de profesiones, títulos de oficiales, etcétera. Los ejemplos más antiguos datan del Reino Medio, y el ejemplo más notorio sin duda es el *Onomasticon de Amenemipet*⁷⁵.

La finalidad del presente artículo es analizar la importancia del escriba como figura social. Tratando de no extendernos en el apartado literario, ya que nos desviaríamos de nuestro objetivo, hemos realizado una breve selección de fragmentos. El primero lo encontramos en la ya mencionada *Sátira de los oficios*, una inscripción que hizo un hombre de Silé llamado Dua-Hety para su hijo Pepy, mientras marchaba al sur hacia la Residencia para situarlo en la escuela de los funcionarios y los más destacados de dicho edificio:

“He visto a los que han sido apaleados. ¡Aplicate a los libros! He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros; son

⁷² WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 218; extraído del *Papiro de Anastasi*, vol. IV, 11/8-12/1.

⁷³ JAMES, T. G. H., *Opus cit.*, p. 125.

⁷⁴ *Ibidem*.

⁷⁵ WILLIAMS, R. T., *Opus cit.*, p. 219.

como un barco en el agua. Lee al final del Libro de Kemyt y encontrarás allí el proverbio que dice: “Con relación al escriba en un puesto cualquiera de la Residencia, no sufrirá allí”⁷⁶.

El segundo fragmento seleccionado lo encontramos en uno de los cuentos del famoso *Papiro Westcar*. En el mismo, aparece un escriba llamado Djedi, al que se da el apelativo de “mago”⁷⁷, que es llamado por Keops para divertirle con sus prodigios; en el viaje hacia Palacio, Djedi solicita una barca extra para transportar sus libros. En realidad, sí podemos ofrecer una visión social de esta fábula, ya que queda patente que la figura de un escriba es contemplada como la de alguien superior y sabio, aun cuando en el relato Djedi es definido como “pequeño” con una calificación de orden económico y social que especifica su modesta condición, sin medios autónomos de subsistencia⁷⁸.

IV. CONCLUSIÓN

Después de lo expuesto en las páginas anteriores, parece demostrada la importancia de la figura del escriba. En el ámbito de la burocracia siempre fue un pilar maestro que sostenía la enorme estructura del Estado. Con toda lógica, este hecho tenía que reflejarse en el plano social. Así, como se ha visto, ser escriba era considerado un privilegio, era un cargo ambicionado por una gran parte, si no toda, de la élite.

Muchas son las dudas que han surgido a medida que investigábamos. Algunas de ellas han podido ser resueltas, pero para otras nos hemos limitado a plantear una serie de hipótesis. No obstante, se hace necesario destacar que gran parte de las teorías expuestas son eso mismo, hipótesis; en realidad es muy poco lo que se sabe a ciencia cierta de Egipto, y aún menos del mundo de los escribas. La principal causa es que casi todo el conocimiento que tenemos de aquellos que desempeñaban el oficio de la lectoescritura se ha extraído de las pocas fuentes literarias conservadas hoy en día; unas fuentes que pese a ser bastante fiables en algunos casos, en otras sólo permite realizar meras elucubraciones. Por ejemplo, que se les impartía matemáticas en las clases es seguro ya que se conservan problemas numéricos; sin embargo, que los templos fueran los principales centros educativos es en realidad una suposición actual, a la que se ha llegado teniendo en cuenta una serie de factores como, entre otros, el gran peso de la religión en la sociedad egipcia.

⁷⁶ SERRANO DELGADO, José Miguel, *Textos para la Historia Antigua de Egipto*, Madrid, 1993, p. 221.

⁷⁷ Recordemos, anteriormente se ha señalado que al “sacerdote lector” (*hri-hb*) se le conoció también como “mago”, generalizándose esta última acepción en las traducciones babilonias de finales del segundo milenio a.C.

⁷⁸ ROCCATI, A., *Opus cit.*, p. 87.

La arqueología también nos ayuda en este sentido. Es en las tumbas de los nobles donde se han encontrado referencias a sus cargos como escriba, así como los utensilios que éstos utilizaban.

En el presente trabajo nos hemos centrado en el aspecto social del escriba. Para ello, ha sido fundamental investigar en profundidad la formación que tenían. Al fin y al cabo, la educación es clave todas las sociedades; un buen aprendizaje asegura un próspero futuro, un hecho que en el caso de los escribas egipcios era indudable. Aunque haya todavía bastantes lagunas, se ha podido comprender de forma clara qué conocimientos se inculcaban a los jóvenes pupilos; hay que destacar que ya hace miles de años se estructurara la educación en fases, lo que indica, una vez más, el gran desarrollo cultural de esta civilización.

A su vez, este sistema educativo reforzaba la jerarquización social. En un Estado en el que, como ocurrió prácticamente siempre en el Mundo Antiguo, una minoría era la que detentaba el poder, la posibilidad de pertenecer a la misma por derecho de nacimiento era un factor que determinaba totalmente cómo crecería y se desarrollaría esa persona. Por el contrario, se tiene constancia de que resultaba enormemente difícil que aquellos cuyo origen fuera humilde pudieran lograr alcanzar ese escalafón de la pirámide social. En el plano de los escribas, también se ha podido ver que había una gran diferenciación entre los meros copistas y los expertos en lectoescritura; entre aquél trabajador iletrado que simplemente sabía copiar un texto, y aquél que ostentaba el cargo de “director de los escribas” había un abismo. Tal hueco venía dado, a su vez, por la pertenencia o no a la aún más reducida clase social que realmente controlaba el Estado.

En relación con lo tratado en estas últimas líneas, conviene mencionar las distintas actividades que se ha podido constatar que realizaban los escribas. Algunos se dedicaban a la burocracia, copiando o completando documentos administrativos, esenciales para el buen funcionamiento del Estado; unas competencias similares eran las de aquellos que trabajaban en los templos, aunque añadiendo los aspectos religiosos, obviamente. Pero, sin duda, un grupo de gran relevancia era el encargado de realizar las inscripciones en las tumbas, ya fueran reales o nobles, con jeroglíficos. Aunque su número es, lógicamente, mucho más reducido, la información que nos dan es muy útil; un ejemplo basta para comprender lo dicho: de no ser por los *Textos de las Pirámides*, el conocimiento que tendríamos de las ceremonias religiosas sería considerablemente menor.

Para finalizar, sólo resta añadir que queda aún mucho tiempo de investigación, y muchos descubrimientos que realizar, para poder conocer y comprender mejor la figura del escriba. Es sólo cuestión de tiempo que las lagunas existentes se vayan completando.

Bibliografía y fuentes

BÜLOW-JACOBSEN, Adam, “Writing materials in the Ancient World”, en BAGNALL, Roger S. (ed.), *The Oxford Handbook of Papyrology*, Oxford, 2009.

CASTEL, Elisa, Egipto. *Signos y símbolos de lo sagrado*, Madrid, 1999.

GARDINER, Alan H., *Late-Egyptian miscellanies*, Bruselas, 1937.

GOUDSMIT, Samuel Abraham, “An illiterate scribe”, en *American Journal of Archaeology*, vol. 78/1 (1974), Boston, p. 78.

HUSSON, Geneviève y VALBELLE, Dominique, *Las instituciones de Egipto*, Madrid, 1998.

JAMES, Thomas G. H., *El pueblo egipcio. La vida cotidiana en el Imperio de los faraones*, Barcelona, 2003.

KELLY SIMPSON, William, *The literature of Ancient Egypt. An anthology of stories, instructions, and poetry*, Londres, 1973.

KEMP, BARRY J., *El Antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, 1992.

LEACH, Bridget, TAIT, John, “Papyrus”, en NICHOLSON, Paul T., SHAW, Ian (Eds.), *Ancient Egyptian materials and technologies*, Cambridge, 2000, pp. 227-254.

LEE, Lorna, QUIRKE, Stephen, “Painting materials”, en NICHOLSON, P. T., SHAW, I. (Eds.), *Opus cit.*, pp. 104-121.

LICHTHEIM, Miriam, *Ancient Egyptian literature. Volume II: The New Kingdom*, Los Ángeles, 1976.

ROCCATI, Alessandro, “El escriba”, en DONADONI, Sergio, *El hombre egipcio*, Madrid, 1991.

SERRANO DELGADO, José Miguel, *Textos para la Historia Antigua de Egipto*, Madrid, 1993.

URRUELA QUESADA, Jesús, *Egipto faraónico. Política, economía y sociedad*, Salamanca, 2006.

WILLIAMS, Ronald, “Scribal Training in Ancient Egypt”, en *Journal of the American Oriental Society*, Vol. 92, No. 2 (1972), Massachusetts, pp. 214- 221.